

# El trujamán

Viernes, 7 de enero de 2005



## ¿Una lengua, una visión del mundo? (IX)

Por José Antonio Díaz Rojo

Afirma Mario Wandruszka —al preguntarse si una lengua contiene una «cosmovisión caracterizada y caracterizante»—,<sup>1</sup> que «cada lengua contiene formas y estructuras motivadas y otras sin sentido,<sup>2</sup> que se han vaciado de sentido, puesto que el espíritu vivo ha cambiado y el cambio de las formas y estructuras de la lengua no va al paso de la renovación del espíritu (...) Todas nuestras lenguas están llenas de *restos*,<sup>3</sup> vivos en otro tiempo, de ideas muertas hace mucho tiempo». Según este postulado, no siempre existe una relación directa entre lengua y cultura, pues en todo idioma se conservan palabras y expresiones cuyo contenido nada tiene que ver con la cultura vigente. Son las *frases hechas* creadas en el pasado y vacías del sentido original, opaco para el hombre actual. Este proceso de pérdida de vigencia de una idea y su mantenimiento inerte en determinadas locuciones recibe el nombre de *fosilización lingüística*. Se debe a la *desmotivación semántica*, que es la pérdida de la conexión que existe entre el significado de una unidad léxica o fraseológica y el motivo por el que esta se creó.

¿Dicen algo de la España actual viejas expresiones como *caer chuzos de punta*, que alude al chuzo o bastón con punta metálica empleado por los serenos, y que sirvió de metáfora para designar la lluvia dura y puntiaguda cuando se creó dicha locución? ¿O *caérsele el pelo a alguien*, que se refería al corte de pelo como castigo? En la frase hecha *hacer una judiada* resuenan viejos conflictos con los judíos, que terminaron trágicamente con su expulsión de España hace siglos, y que nada dice de la relación actual entre cristianos y judíos en nuestro suelo. *Dar caña* es un divertimento nacional, que nada tiene que ver con la vieja costumbre de azotar con una caña o palo a los condenados, que dio origen a la expresión. Son modismos vivos en el lenguaje, pero no en la conciencia y vida actual de los españoles.

Sin embargo, debemos tener cautela sobre esa supuesta pérdida de vigencia de la creencia o idea que motivó la creación de una expresión. En ocasiones, las antiguas ideas que subyacen en algunas frases, modismos o locuciones se conservan en capas más o menos amplias de la sociedad, y, a veces, precisamente gracias a las mismas expresiones que las contienen. Tomemos un ejemplo: las frases hechas formadas con la palabra *sangre*, muchas de ellas creadas en épocas remotas a partir de ideas médicas superadas por la ciencia moderna, pero no total y necesariamente desaparecidas de los conocimientos de muchos hablantes. Hoy la ciencia sabe que los caracteres hereditarios se transmiten a través de los genes, pero no por ello han desaparecido expresiones en que es la sangre la portadora de la herencia biológica, como se creía antes: de dos personas emparentadas biológicamente se sigue diciendo que *son de la misma sangre*, o se invoca a la familia con la frase *la sangre que me corre por las venas*.

¿Por qué de quien se apasiona o acalora se dice que *le hierve la sangre*? Cuando una persona realiza una acción sin arrebato y serenamente, decimos que *ha obrado a sangre*

*fría*. De las personas calmosas, que no se alteran por nada, se dice que tienen *sangre de horchata*, aludiendo a la frescura e inalterabilidad de la bebida. La falta de irritabilidad se expresa también con la locución *no tener sangre en las venas*. Todas estas expresiones hacen referencia a viejas ideas sobre la sangre, que en las antiguas doctrinas médicas se consideraba como el elemento caliente, del que dependía la vida y la muerte. De hecho, se creía que esta acontecía cuando la sangre perdía el elemento ígneo.

Se pensaba que el aumento de ritmo cardíaco que acompaña a la ira y al miedo tiene su causa en el *fuego*, en un aumento de temperatura que determina el *bullir* de la sangre en el corazón. Si la sangre era el principio del calor, el cerebro encarnaba un papel negativo: es el polo opuesto al corazón, la privación de la sangre. Frente a la función calórica de la sangre, el cerebro, órgano privado de sangre, cumplía una función refrigerante. Era el órgano frío por naturaleza, encargado de temperar el calor y la ebullición de la sangre y el corazón. Esta polaridad sangre-calor/cerebro-frío ha sido recogida por la lengua coloquial: *ser de cabeza fría y corazón caliente*. ¿Y qué ocurre cuando nos ofuscamos por efecto de la ira? Que se *nos sube la sangre a la cabeza*, es decir, la sangre llega hasta la cabeza calentando el cerebro, que nos hace perder la razón y cometer las mayores locuras.

Según la medicina antigua, la enfermedad se concibe como una alteración y desequilibrio de los humores, es decir, de las sustancias vitales que componen el organismo, como eran la sangre y la bilis. Entre tales alteraciones, se encontraba la corrupción y putrefacción de la sangre, que iba pareja al enfado o la irritación. Esta idea ha llegado más o menos fosilizada hasta nuestros días, fijada en las expresiones *puadrírsele a alguien la sangre, revolvérsele a alguien la sangre y hacerse alguien mala sangre*, para indicar la alteración del estado anímico como consecuencia del enojo y la ira.

Todas estas expresiones que denotan estados anímicos y poseen la sangre como núcleo nos están diciendo algunas cosas: 1) reflejan un forma de entender la relación entre cuerpo y alma (que está ausente de la medicina moderna y que estaba arraigada en la ciencia antigua) que considera el cuerpo como origen y soporte físico de los sentimientos y emociones; y 2) que no todos los hablantes las interpretan en sentido figurado, pues a través de una simple encuesta que realizamos a un grupo de personas, comprobamos que muchos las tomaban en su sentido literal, por lo que no son reflejo de una visión del mundo compartida por todos los hablantes del español.

1. WANDRUSZKA, M. (1976). *Nuestros idiomas: comparables e incomparables*. Madrid, Gredos, p. 11.

2. En realidad, no existen palabras motivadas y no motivadas, pues todas las expresiones están motivadas, sino palabras transparentes y no transparentes (que han perdido la transparencia de su motivación). A esta pérdida es a lo que Wandruszka llama «[palabras] sin sentido».

3. Las cursivas son nuestras.